

Nihilismo, minimalismo y otras confianzas

Guía para buscar lo que no has perdido

EFRAÍN VILLANUEVA

Universidad Industrial de Santander,
Bucaramanga, 2019, 127 pp.

ESTOS CUENTOS no se deben leer en una mullida butaca porque Efraín Villanueva, su autor, no quiere que la nuestra sea una vida muelle, ni por nada del mundo darnos palmaditas en la espalda para que nos adentremos en esta colección de relatos que ganó el XIV Concurso Nacional Libro de Cuentos de la Universidad Industrial de Santander 2019 (especie de radar sobre el devenir de la narración breve en el país).

Ponernos cómodos es algo que hacen muchos cuentistas. Y una vez quedamos instalados en la certidumbre, sueltan su relato. En una gran proporción de los cuentos que se escriben y se han escrito, el arte consiste en alimentar en el lector su autoimagen de ducho, experimentado lector de cuentos; sentarlo en un lugar desde el cual domine la situación; brindarle certidumbres como, por ejemplo, que la mente consigue un reflejo bastante aproximado del mundo objetivo; permitirle un paseo por las orillas de ese mundo, y tomar el sol o respirar el aire fresco. Autores clásicos de este arte depurado, tales como Guy de Maupassant, Anton Chejov, O. Henry, acogen al lector, lo ponen cómodo o se ganan su confianza, y a continuación enuncian su patraña. Según el autor de *Guía para buscar lo que no has perdido* no debe ser así.

Quizá este autor rudo tiene razón. Perpetuarse en la vida buena que ofrecen los cuentos bien escritos no puede ser sostenible a largo plazo. El lector se vuelve delicado, inepto para desafíos de la vida en que de nada te sirve ser mimado, preservado de tensiones e incertidumbre, habituado a las salsas y las especias del cuento canónico. A las epifanías, por ejemplo.

En estos cuentos, la carne tiene sabor a carne de monte recién cobrada, cocida por las llamas de la fogata. El “realismo sucio”, esa escuela del cuento de la que provienen muchos de los

mejores exponentes del género, opera en las páginas, pero adicionalmente la desesperanza de los narradores y las criaturas con quienes cohabitan en estas muestras del tedio y la alienación. Tedio y nihilismo pueden ser las suciedades del espejo realista; también, la actitud minimalista.

El minimalismo sucio, entonces. Y lo que importa es que en este caldo de cultivo aparece una criatura interesante y problemática: el “nene”. Es el narrador de dos o tres de las piezas. Personaje de diez años, dueño de una mirada que colecciona los hechos y las cosas desde el agua quieta de su alma, una que percibe la crisis estructural de los andamios contruidos en precario equilibrio por los adultos. Cual amanuense reúne las circunstancias que se forman y deforman con él dentro. Es un niño desesperado, en un mundo desesperado.

En esta tierra caliente, acaso Barranquilla, urbe donde nació el autor de los cuentos, se desespera. Se des-espera. Como sugiere el experto en el tema, el danés Søren Kierkegaard (1813-1855), quien acotó las dos formas del desesperar: desesperadamente no querer ser uno mismo, y desesperadamente querer ser uno mismo. Este libro es un pozo de desesperación.

Consultada cualquier definición de “realismo sucio”, esta dirá que rasgos de tal escuela son el registro de lo banal y la renuncia a la composición formal óptima. Pero este libro va más allá y cruza el lindero hasta el informalismo. Quizá por estas preocupaciones el humor es enigmático y críptico.

Sería inexacto decir que no extrañamos la redondez del cuento bien escrito y la epifanía que florece en él. Pero no hay que negar que en estos cuentos queda atrapado algo que los relatos más complacientes relegan y evitan. La familia de estos tiempos neoliberales, sin ojos, sin utopías, con sus disfunciones y actores desarticulados. La familia, en la que el pariente más cierto y accesible es el televisor. *Guía para buscar lo que no has perdido* es un informe sobre este núcleo familiar. Cinco de los siete cuentos planean sobre esa tierra de nadie. En el texto titulado “Puerto Chimo”, con el cual empieza el libro, el eje es la relación de Andrés, que tiene diez años, con su padre. Andrés resiste a un padre que retoca de colores el decorado gris tedio de la familia, un grupo sin eje, sin historia,

meros soportes de fuerza de trabajo precario. Personaje que convence en su indoblegable misión de sostener vivas dos o tres ilusiones de infancia para Andrés y su hermana. La niña cree los infundios de este padre. Los dibujos animados viven en un país especial, “protegido por las Naciones Unidas”, es uno. Andrés ha dejado atrás la edad de la inocencia. Tolerar a su padre; interpretar su rol de hijo dócil en un paseo a una playa sin glamur, inexistente en los paquetes turísticos, pero perfecta para ellos, un núcleo familiar cuyo día de playa depende de facilidades para llevar comida hecha en casa. La tensión entre el chico y el padre corre paralela a la narrativa que construye este último para hacer de Puerto Chimo, la playa humilde, un sitio lleno de magia y diversión. El libro de Villanueva es una especie de inauguración de la narración breve colombiana en el motivo de la familia colombiana del neoliberalismo.

“Familia disfuncional” es una expresión que disimula el hecho de que la familia funcional es lo anormal. El sistema de vida actual y el marco neoliberal propician el primer tipo de familia. El que más se articula a sus exigencias. En el texto titulado “Bajo el mismo techo”, el tono plano del minimalismo y del realismo sucio alude a aquello que se ha vuelto parte del entorno en que vivimos: la baja laboral en pro de la paz mental de los gestores de la empresa. En las filas de los caídos en la restructuración encontramos al padre del narrador. La familia se va a vivir con los abuelos, el modelo económico los ha abandonado y su vida a partir de ahora es vida prestada, hipoteca. El narrador cumple su cometido desde el centro de la catástrofe, sobrevivir es la única opción, tal vez para siempre.

Sobrevivir es quedarse dentro de uno mismo. Estos cuentos, sin ser pulidos artefactos, sobreviven como esos seres, que se articulan en su precariedad. El lector los sostiene hasta que el cuento explota. Este libro puede ser una botella con una nota adentro; lo mismo los cuentos que lo componen. Es un estado extremo del cuento. Los desenlaces de las historias son como enfermedades que los apresan súbita y rápidamente. Entonces, los cuentos se deshacen.

Ernesto Gómez Mendoza